

“Para escribir no se necesita ni personalidad ni ser un genio” *

Paco Bailo, Bolea (HU)

Tengo entre las manos, desvencijada por el ojeo y el hojeo, la edición española de *Carta a una maestra* de 1970 [en adelante CM]. En las últimas cuatro décadas no he cesado de buscar fuentes en las que saciar la curiosidad por cómo mejorar en los momentos y lugares en que la vida me ha ido situando. Pensaba que una equilibrada mezcla de sociología, antropología, filosofía, didáctica, historia... me daría las claves. Pero siempre, tras Foucault, Lipovetsky, Beck, Sloterdijk, Byung-Chul Han, acabo volviendo con el cántaro a Milani, a Freire, a Freinet.

De mis casi 59 años, 38 han transcurrido en aulas de la escuela pública con alumnado gitano y extranjero. Y lo poco que sé ahí lo he aprendido, compartiendo cada mañana la vida que llegaba en forma de “acabamos de volver de la oliva”, “mañana empieza el ramadán”, “mi primo acaba de salir de la trena”, “ayer no vinimos porque llovía” o “¿qué serio estás hoy! ¿pasa algo?”

Intento ceñirme a la amable invitación de *Educar(NOS)*, aunque enseguida se me va la olla a los recuerdos y a las meteduras de pata, necesarias para seguir sintiéndome aprendiz de maestro y para reflexionar ahora, que trabajo en un centro de personas adultas: ¿Cómo nos educamos hoy los españoles?

Este libro no ha sido escrito para los maestros, sino para los padres. Es una invitación a organizarse (CM p. 9). Y, sí, en aquellos 70 y 80 nos organizamos en movimientos de renovación, asociaciones de madres y padres (*amypas*), sindicatos..., pero este texto no llegó a los padres, ni siquiera a muchos maestros. Aquellas organizaciones hoy ya no pintan gran cosa. Los colectivos, desde el comienzo de la crisis, se han quedado sin recursos, el *guasap* es el sucedáneo de las reuniones cara a cara, del boli en mano, de la toma de decisiones argumentada y sincera, los deberes para la próxima reunión. Desde la caída del muro se van levantando pequeños muros invisibles (y los grandes, en Palestina, EEUU, Sahara, Ceuta y Melilla) a base de cuatro horas diarias ante la tele o el ordenador y el fantástico y solipsista pensamiento positivo. Una parte de cómo nos educamos hoy pasa por el *Sálvame de luxe*, el *Pokemon Go* y la letra del penúltimo *reggeton*.

El ausente tiene el defecto de que no se le ve. Sería preciso colocar una cruz o un ataúd sobre su banco para recordarle (CM, 45). El comienzo de mi trabajo con alumnado gitano consistió en irlos a buscar a casa y, tras unas bromas con la familia, llenar la clase con sus experiencias, inventar problemas con kilómetros de furgoneta, con gasoil consumido y género comprado. Cultura oral, que está llegando a la universidad; pocos aún, como en la generación de mis padres o en la mía, pudimos conseguir beca. Si hoy no vienen a clase, hay papeles, apercibimientos, faltas leves, graves, crónicas, expulsiones, papeles, trabajador social, papeles, psicólogos, words, words, words. “I don’t care più” [ya no me importa nada, quiso decir Milani y no pudo]. El alumnado de origen gitano o extranjero bromea al ver mi móvil y me enseñan en el suyo las páginas web del culto y los clips de sus cantantes, la carretera por donde se llega antes al mercadillo de los martes. Y siguen aprendiendo de sus tíos y sus hermanas mayores (que les dicen: ve a la escuela, sácate la *eso* antes de casarte)

La cultura os la habéis tenido que hacer sobre los libros. Y los libros han sido escritos por el bando de los amos. El único que sabe escribir. Pero habríais podido leer entre líneas (CM, 77). Algunos seguimos con el periódico en clase de lengua. Y averiguamos qué tiradas tienen y a quién pertenecen (sigue ganando la prensa deportiva por goleada). Han ido apareciendo tertulias, femeninas sobre todo, que se van convirtiendo en espacios donde se comparte mucho más que el gusto por la literatura o el placer de leer. Se habla de los hijos y del barrio y de cómo se ha puesto

todo. Y ahí se aprende. Pero el concepto de cultura ¿burguesa? sigue pendiente y la función reproductora de la escuela que se encarga de clonarla. Cultura es la manera en que un grupo humano vive, piensa, siente (parte invisible), se organiza, comparte y celebra la vida (parte visible). En el mejor de los casos seguimos actuando y decidiendo solo sobre lo visible.

Por culpa de esa pluma moderna y elegante, Gianni no leerá nunca un libro en toda su vida (CM, 82). Hoy la pluma moderna es el programa de gestión de calidad. Deja más marca que el látigo. La reválida *wertiana*. Dinos qué queréis para el examen, que lo aprendo, lo apruebo y lo olvido: así el parado al que se le cae la casa encima, si aún no lo han desahuciado; o la mujer que, tras su doble jornada, le pesan los párpados en clase al preparar la prueba libre. También ellos han de prevenirse contra esa pluma. Habrá que seguir buscando las fisuras del programa y otras estrategias más imaginativas.

Pero cada día, en clase, en el recreo, al salir, descubro todo un mundo clandestino, gente que no expresa en público todo lo que sabe o le gusta. Reparto un papel con “¡Mi amado, las montañas, los valles solitarios nemorosos, las ínsulas extrañas...” y sugiero buscar los verbos (no los hay), o el capítulo 68 de *Rayuela*, y llegan al día siguiente con una biografía de Juan de la Cruz o un vídeo de Cortázar. Y escuchamos a Amancio Prada, a Nach, a Marwan. Y constato más ganas de aprender que nunca. O les aviso: esto no tiene por qué gustaros, y escuchamos el aria de las Variaciones Goldberg a manos de Glenn Gould. Y a la siguiente clase me traen una aplicación con todo Bach.

Hay hambre de aprender, ganas de saber, necesidad de compartir, pero por caminos que a mí se me empiezan a escapar o me resultan intrincados. Otra cosa es seguir averiguando con ellas y ellos lo que quieren que aprendamos y lo que no, lo que no quieren que sepamos, es decir, lo que quieren que consumamos, lo que no quieren que reclamemos. *Así la clase obrera sabrá escribir mejor que la burguesa. Por esto es por lo que yo he gastado mi vida.*

* Carta de L. Milani a G. Pecorini 7.4.1967, como la cita final del artículo.

HASTA QUE NO LO

Oí que Milani enseñó a leer a un chico que era deficiente mental. Para mí eso es como la mayor muestra de su “amor hasta el final” a la enseñanza y a las personas. Yo soy maestro funcionario en un colegio público. Influidor por Barbiana, me paso la vida preguntándome si es posible (en el contexto escolar, o fuera de este régimen y este horario) lograr que todos aprendan y comprendan; o siempre llegará un punto en que habrá que tirar la toalla, y abandonar a alguno.

En EEUU tienen las “escuelas KIPP”, radicadas en barrios marginales. Tienen horario y calendario amplios e intensivos, mucha disciplina. Son de lo mejor del país, aunque hay quien dice que solo preparan máquinas para el sistema. Claro que hay dos trucos: las familias mandan deliberadamente a sus hijos a esos centros específicos, tienen interés; no es porque viven por la zona y “les toca” ese colegio. Y el profesorado está motivado y preparado, trabajando sesenta horas por semana, y a gusto; incompatible con el concurso de traslados. Consiguen reducir mucho el fracaso escolar.

Cuando me topo con un alumno que aprende mal, si tengo tiempo, me detengo a apreciar sus dificultades, intento comprenderlas. Te encuentras cosas insospechadas, realmente raras. Y no dudo que, si se dispusiera de mucho más tiempo y más cariño, esos niños mejorarían. Pero, después de 32 años en este oficio, me pregunto si sería posible llevar a todos hasta el nivel estándar; y si la comprensión obtenida sería realmente comprensión del sentido, como la que de por sí tienen los